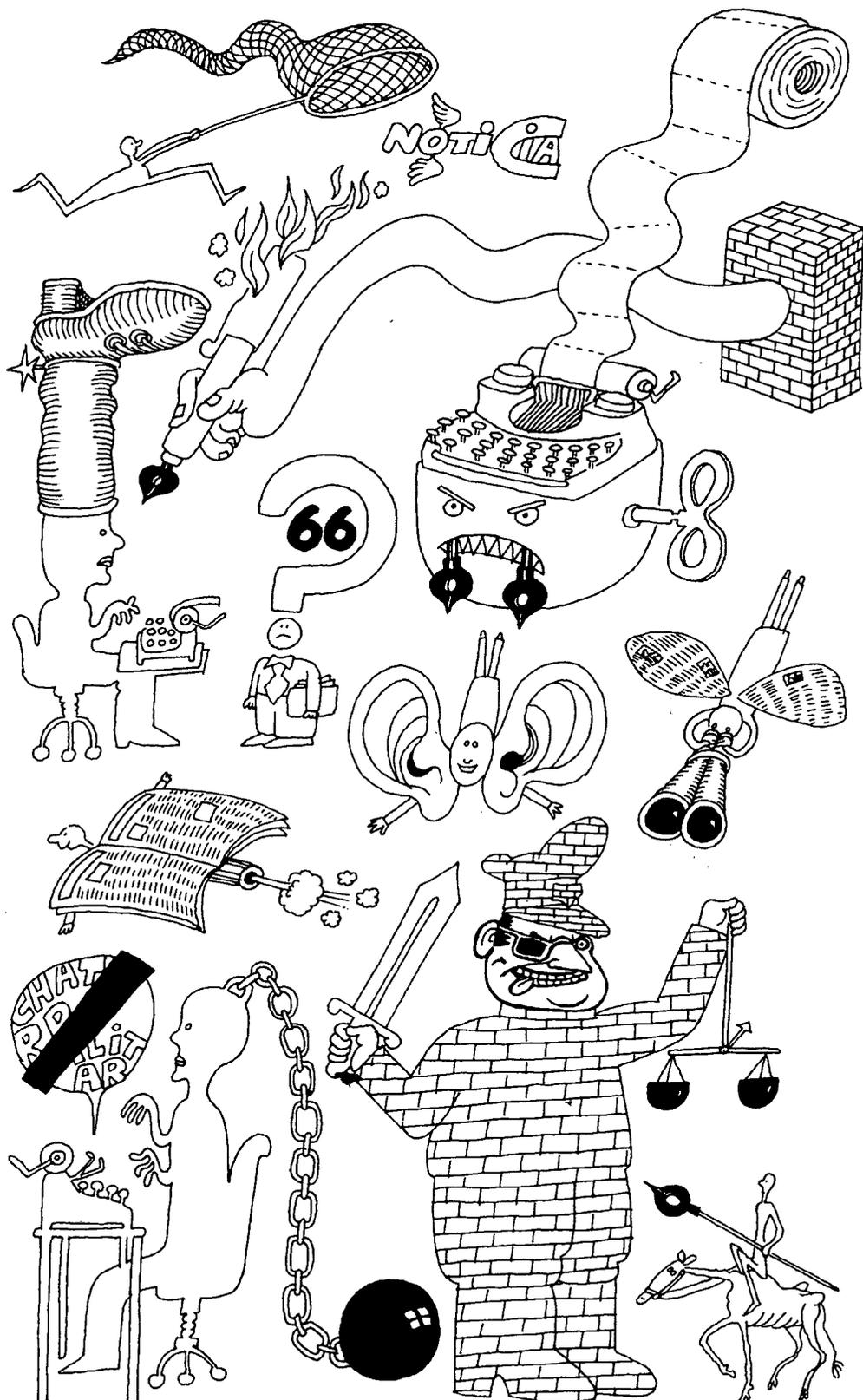


Algunos de los datos presentados en este trabajo nos permiten descubrir la forma como el panorama político y mediático nacional ha cambiado considerablemente en los últimos tiempos. Si bien algunas estadísticas mundiales demuestran que en pasados años Venezuela no era considerado como un país en conflicto, luego de los últimos acontecimientos podría pasar nuestro país a ocupar un espacio en esas listas. Jesús María Aguirre reflexiona acerca de la forma como es ejercido el periodismo en tiempos de confrontación

■ **Jesús María Aguirre**



Cinco reflexiones

Comunicaciones sin tregua

Al revisar el mapa de los países en conflicto durante los años 1999 a 2000 no aparece Venezuela. Sin embargo hoy, probablemente, lo estaría. Los datos recogidos de Sipri Yearbook (1999) y del Departamento de Investigaciones sobre Paz y Conflictos de la Universidad de Uppsala (1998/1999) revelan que en la actualidad los conflictos ya no se deben tanto a enfrentamientos entre estados para el arreglo de litigios fronterizos o de intereses geoestratégicos como a conflictos internos.

Entre los primeros destacan los enfrentamientos de Israel/Palestina/Líbano, Pakistán/India, Etiopía/Eritrea, seguidos de las luchas relativas al control de territorio, caso de Timor Oriental, recién independizado, y de varios enclaves asiáticos (Kurdistán, Chechenia, Mindanao...). Entre los segundos, particularmente numerosos en África, sobresalen las confrontaciones de Argelia, Sierra Leona, Ruanda, Burundi, Angola, Uganda, Guinea; en Asia se perpetúan la contienda interna afganistaní, que se convirtió en internacional a partir del atentado del 11 de septiembre, y la de Sri Lanka con las erupciones crónicas de los tamiles; en América Latina, Perú y Colombia, estremecidas por la guerrilla y la inestabilidad política, han polarizado también ese mapa preponderantemente trágico, al que están a punto de sumarse Argentina y Venezuela. Si bien el pudor europeo esconde otros conflictos menores como el irlandés, el vasco o el corso, es indudable que la mayoría se concentran en los países en desarrollo.

Los conflictos de la segunda categoría afectan a entidades dentro de uno o varios estados por el control del territorio o del gobierno, y a diferencia del modelo tradicional de los dos bandos se entrecruzan una multiplicidad de actores sociales con la agravante de que desaparecen las divisorias entre militares y civiles. Ya deja de ser sorprendente que casi el 90 por ciento de las víctimas en estos enfrentamientos actuales sean civiles, quienes sufren muertes, expulsiones, secuestros, desapariciones, violaciones, incluida una serie de errores u horrores militares, eufemísticamente calificados de “daños colaterales”, y, en fin, un sin número de lesiones a los derechos humanos.

Lamentablemente, las comisiones de la verdad no resarcen a los muertos, difícilmente esclarecen las responsabilidades materiales e intelectuales y, apenas, logran apoyos para compensar a los civiles de los daños materiales o para indemnizar a los familiares de las víctimas, mientras las partes en el conflicto reavivan el recuerdo vengativo de los caídos. En estas circunstancias los medios de comunicación, lejos de ser unos observadores neutrales o asépticos, se convierten en los principales agitadores y movilizadores de la contienda y el derecho a la libertad de expresión se emplea como arma arrojada contra el oponente. El miedo y la venganza se realimentan mutuamente, mientras se rompen todos los puentes de la confianza y de la comunicación. El diálogo se reduce a una proclama o se lo descalifica como cesión al otro.

Si el conflicto o la catástrofe son lejanos, nos embotamos con la sobreinforma-

En memoria de Jorge Tortoza

ción internacional, que pasa de un espectáculo del horror a otro en una secuencia interminable e indigesta. En caso contrario, seleccionamos ansiosamente los datos estratégicos para nuestro ataque y defensa argumentativos. De esta manera apenas nos queda tiempo y espacio para la reflexión, pues decimos es tiempo de acción.

LA INFORMACIÓN MOVILIZADORA

La propaganda, nos advierte Shulze a propósito de las guerras del siglo XIX, es “una actividad –o un arte– que pretende inducir a otros a comportarse de una manera determinada, distinta a la conducta que hubiesen –probablemente– adoptado sin su existencia”. Los manuales de periodismo nos enseñan a deslindar entre la objetividad de las informaciones noticiosas, el posicionamiento de las páginas de opinión y la retórica persuasiva de la propaganda, como si en el mundo de las comunicaciones cupiera zanjar espacios análogos a los de los laboratorios experimentales entre las comprobaciones empíricas, las interpretaciones teóricas y las proclamas ideológicas.

Los avances de la mediología, sobre todo a partir de la experiencia de los aliados en la segunda guerra mundial, dejaron en patencia la ingenuidad de esos manuales, tal vez redactados para situaciones de paz o edenes comunicativos, cuando se comprobó que no hay mejor propaganda, que la de la estrategia selectiva de la información diaria para inducir determinados comportamientos y movilizar a la ciudadanía en el momento oportuno. Es decir, que las “agenda setting” no son inocuas. Ahora bien, desde el punto de vista pragmático en una contienda lo que se busca es ganar amigos, desorientar al enemigo, y, en fin, vencer en el conflicto. A este respecto *El arte de la guerra*, de Sunzi o *El príncipe*, de Maquiavelo enseñan más sobre el carácter polemológico de las informaciones en conflicto, que los manuales susodichos. Las últimas intenciones golpistas de Venezuela confirman una vez más este fenómeno.

A medida que la observación directa de los ciudadanos sobre los acontecimientos es más excepcional y dependemos en forma creciente de intermediarios, que se interponen entre los actores sociales en conflicto, es poco probable que los medios faciliten una presentación y comprensión de los acontecimientos, sobre todo cuando sus intervenciones van dirigi-

“

Si bien las garantías de la libertad y objetividad deseables en tiempos de paz alcanzan hasta donde permiten quienes poseen el control de los mecanismos del Gobierno, en situaciones de conmoción quedan ambas supeditadas al dominio factual de los medios

”

das estratégicamente. Si bien las garantías de la libertad y objetividad deseables en tiempos de paz alcanzan hasta donde permiten quienes poseen el control de los mecanismos del Gobierno, en situaciones de conmoción quedan ambas supeditadas al dominio factual de los medios. Los golpes no esperan a las definiciones de veracidad, ni a la imparcialidad de los periodistas, pues el criterio de efectividad marca la pauta informativa¹.

En tiempos de conflicto, a mayor asimetría en el control de los medios, nos hallamos con más información persuasiva y discursos de acción. Los medios tienden a presentar a los contendientes no como son sino como los quieren ver y la distancia entre adversarios y enemigos se vuelve peligrosamente difusa, sobre todo cuando la dinámica agresiva se traslada de las palabras a los hechos y sólo unos pocos controlan los movimientos.

CONFLICTO Y DESINFORMACIÓN BELIGERANTE

A poco que uno tome distancia de un conflicto, posibilidad que normalmente escapa a los periodistas implicados en los medios internos al espacio de conflicto², salen a la vista los numerosos mecanismos de desinformación. Las experiencias de

Viet Nam, Medio Oriente, Guerra del Golfo, los Balcanes y Afganistán nos han aleccionado al respecto. Desde el silenciamiento de informaciones que son relevantes para la ciudadanía hasta la profusión paranoica de noticias alarmantes cabe una gama de tácticas dosificadas, que están más en la mano de los gabinetes de conflicto que en la de los periodistas asalariados. Los testimonios, difundidos por varios periodistas venezolanos a través de Internet, a raíz del último golpe evidencian las contradicciones entre las líneas impuestas y las posiciones éticas.

Con razón advierte sin ambages el titular de Defensa estadounidense Donal H. Rumsfeld que los despliegues militares –y también los preparativos intervencionistas, añadiría yo– pueden tener entre sus “primeras bajas” a la verdad. Y, aunque los venezolanos no estemos en guerra, pues nuestras bajas anuales por debajo de 100 víctimas anuales, nos sitúan entre los países conflictivos de baja intensidad según la escala de A.P. Schmid, ello no significa que no estemos incluidos en posibles escenarios más violentos para otros actores internacionales.

Si bien Clinton suspendió el Comité de Santa Fe, el Presidente Bush ha vuelto a revivir el susodicho comité, que ha elaborado el Documento de Santa Fe IV. Este define como objetivo principal el mantenimiento de la seguridad nacional ante los riesgos que entrañan algunos países del hemisferio para los Estados Unidos. El narcotráfico y el terrorismo son los elementos a combatir en toda América Latina, sobre todo en Colombia; Cuba y Venezuela encabezan la lista de países más hostiles; el bolivarianismo es considerado un grito de ataque de comunistas y socialistas –como si fuera un eco del liberacionismo–; y, en fin, se trata de que los recursos naturales del hemisferio estén disponibles para responder a las prioridades norteamericanas.

A nadie se le escapa que esta versión geoestratégica es un “remake” de la doctrina Monroe y reviste una especial significación para Venezuela, ya que Estados Unidos produce hoy algo más del 50 por ciento del crudo que consume y los pronósticos señalan que tendrá necesidad de importar dos terceras partes en un par de décadas. En este marco de intereses la lógica informativa internacional adquiere un giro beligerante en que los encuadramientos tradicionales bajo el eje Este/Oeste se redefinen bajo la clave del nuevo eje del mal³, establecido por Estados Unidos y sus aliados de la Otan.

Cuando las democracias ejemplares de EE.UU. y la U.E. están más predispuestas al secretismo oficial, las informaciones se nos ocultan y no podemos comprobar las acciones clandestinas, pues ya se desconfía de las reglas internacionales, no queda más remedio que recurrir a la sospecha por los intereses que resultan favorecidos o perjudicados por las intervenciones externas, justificadas ahora bajo una nueva perspectiva de dominación⁴. Naturalmente los intelectuales corporativos y los *think tanks* nos proveerán oportunamente a los periodistas de los argumentos de conveniencia para comprender el fin de la historia y los choques civilizatorios.

¿No habrá que ser, por tanto, suspicaces lo mismo cuando el oficialismo juega con la retórica del miedo a la guerra civil como cuando la oposición nos atemoriza con gobiernos pro-terroristas?

LOS MEDIOS POLITIZADOS Y EL DISCURSO POLÉMICO

En los conflictos los medios de difusión no solamente reflejan las posiciones de los actores e instituciones políticas, sino que operan como fuerzas efectivas en la competencia por el poder. La relación entre medios y política adopta múltiples combinaciones. Si en el pasado hubo un proceso de distanciamiento de los medios frente al poder estatal o eclesiástico, y la libertad de expresión se entendió como una capacidad de crítica ante tales instancias, ahora asistimos a un nuevo y peligroso estrechamiento por adaptación de las comunicaciones a brazos de consorcios económico-industriales. Incluso cada vez es más notoria la influencia del liderazgo mediático en la composición del Estado: empresarios de medios que acceden a organismos gubernamentales, representantes de medios periodísticos que participan en comisiones parlamentarias, periodistas que optan por curules... Desde Italia –Primer Ministro– a Estados Unidos –Alcalde de Nueva York–, pasando por Venezuela –Vicepresidente, Alcalde– podemos encontrar ejemplos notorios de esta tendencia irrefrenable por la lógica concentradora de las plutocracias⁵, que pone en jaque la función pública de los medios y el supuesto servicio a la ciudadanía.

Pero, al margen de este fenómeno que vuelve más inextricables los medios, la connivencia entre políticos y empresas pertenece a la práctica cotidiana y casi ritual. A través de ellos recibimos la información sobre el sector político, las inter-

“

Incluso cada vez es más notoria la influencia del liderazgo mediático en la composición del Estado: empresarios de medios que acceden a organismos gubernamentales, representantes de medios periodísticos que participan en comisiones parlamentarias, periodistas que optan por curules...

”

pretaciones que los datos suministran, los énfasis en la agenda política, la puesta en perspectiva temporal pasada de los acontecimientos en marcha y las propuestas futuras de acción interna o externa⁶.

Los analistas –Van Dijk, Giro... – concuerdan en que la naturaleza política de los medios les lleva a comportarse como actores polémicos en los que prevalece la lógica de confrontación sobre la de cooperación con un incremento notable del lenguaje agresivo. De ahí que su discurso radicalice las líneas del Cuadrado Ideológico:

- maximizar las victorias propias y los aciertos de los aliados;
- minimizar las derrotas y errores propios y de sus aliados;
- maximizar las derrotas y errores de sus oponentes y los aliados de éstos;
- minimizar las victorias y aciertos de sus oponentes y los aliados de éstos.

¿Será ésta una lógica ineludible de los medios politizados? ¿Acaso los periodistas están convocados para ser la tropa que refuerza mecánicamente estas agucias de los bandos?

EL OBSTÁCULO MANIQUEÍSTA

En las situaciones sea de sosiego o de conflicto los medios de difusión privados res-

ponden al doble objetivo de ser rentables e influir, mientras los medios gubernamentales siempre apuestan a favor de la influencia. Como empresas, su margen de maniobrabilidad luce mayor en tiempos de estabilidad política, pero cuando llega el oleaje del conflicto de intereses, la editorialización se convierte en una tribuna de combate y la política informativa en un laboratorio de autocensura. La rentabilidad tiende a subordinarse a la ganancia en influencia ideológica.

Los periodistas, a no ser unos profesionales clonados por la ideología de la empresa, generalmente mantienen una cierta distancia respecto a la orientación política del medio, pero a medida que arrece la confrontación se ven obligados a mimetizarse y a reducir su margen de autonomía por el principio de adaptación: adaptarse o ser considerado desleal. Su quehacer se ve determinado por la omnipresencia del periodismo de declaraciones en lugar de los hechos y la reproducción de los discursos, réplicas y contra-réplicas preseleccionadas y tituladas por sus jefes –siempre más leales– sigue la lógica del Cuadrado Ideológico en clave de influencia mediática. Los periodistas, sin apenas tiempo, recursos, posibilidades de contrastar hechos y autonomía, se convierten en involuntarios protagonistas, cuando no en víctimas, de la beligerancia creciente. En casi todas las contiendas cae algún periodista, que se convierte en “héroe” para alguno de los bandos.

Otros periodistas, ubicados en las barricadas de sus oficinas y con más recursos para una comprensión más sistemática de los hechos, ya que no pueden ser tachados de “tontos útiles”, rápidamente son señalados como “traidores” y convertidos en posibles blancos de agresión.

Cuando el ejercicio comunicativo de la comprensión se pervierte en una dialéctica maniquea –conmigo o contra mí– se cae ya en la tentación de arriar la bandera del entendimiento social y del debate público argumentativo para desembocar en la lucha irreconciliable o en el cinismo.⁷

¿Será hora de callar o de reabrir espacios en nombre del interés común para contrarrestar las polarizaciones extremas y desarmar los discursos amenazantes, plagados de insultos, estereotipos y descalificaciones, entre los bandos?

APERTURA PARA TIEMPOS DE IRA

Las anteriores consideraciones han pretendido resaltar el lado oscuro de nuestro periodismo en situación de conflicto, y, en

todo caso, pueden ser premonitorias de las fracturas aún más hondas de incomunicación —que conozco—. Siempre estamos en posibilidad de alcanzar cuotas más altas en la intensidad de la violencia, incluso sin proponérselas. Algunas dinámicas llevan más allá de todas las previsiones y para cuando se quiere echar la marcha atrás, el conflicto es ya inmanejable por la espiral vertiginosa que engendra.

Sería absurdo negar a los medios su rol de actores políticos en el empeño por promover la paz, pero muy lejos de la ingenuidad de que los medios son buenos jueces o intermediarios, o si quieren, como nos decía el Maestro Ancízar “la mesa redonda de la sociedad”, creo que ellos mismos necesitan mediación, al modo que se reclama para otros actores y contendientes políticos.

Sin esperar ilusamente el cambio de actitudes o el convencimiento del contricante, la sociedad civil a través de instancias no beligerantes, puede ejercer una crítica abierta y pública⁸.

La instancia de mediación no solamente debiera ser independiente y gozar de autoridad moral, sino debiera actuar con suma discreción tanto con los responsables de los medios como con los periodistas subalternos, pues toda crítica o corrección de fondo, desacredita el capital más valioso de un medio como es el de la “credibilidad”.

Frente a una división social de grupos especializados en enunciados valorativos (iglesias, universidades, intelectuales...) y grupos especializados en acciones (empresas, profesionales, asociaciones...), sería deseable conformar instancias mixtas, para que los primeros no juzguen de la calidad ética de todos los demás menos de la suya propia, y los segundos no se precipiten en decisiones que pretenden justificarse por sí mismas.

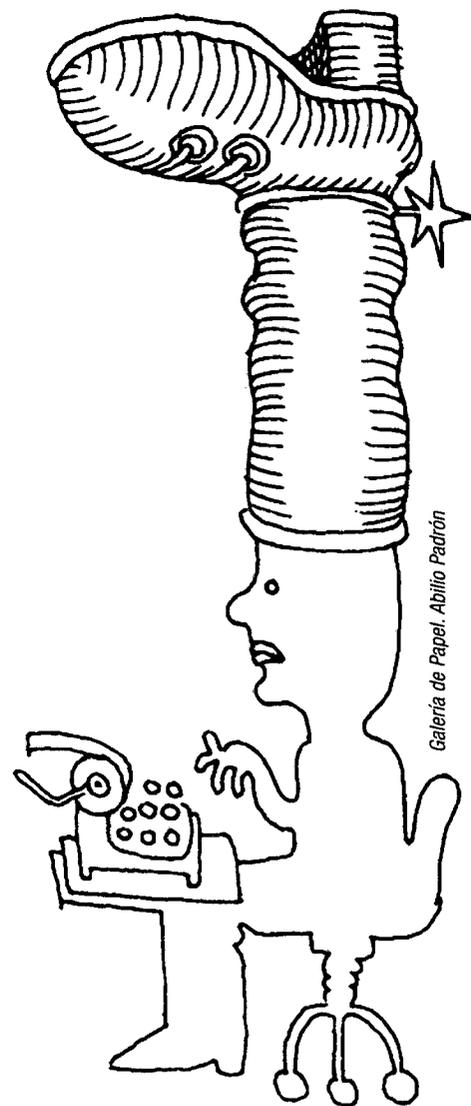
No hay duda de que bastantes personas y grupos profesionales pretenden salir del marasmo presente y de la pendiente del Cuadrado Ideológico en pos del diálogo y la cooperación. Para los profesionales de los medios es una exigencia ética, que puede ser también secundada por dirigentes responsables y grupos con medios alternativos. El periodismo por la Paz hoy ya no es una moda comunicacional para las zonas en conflictos externos, sino una urgencia interior de nuestro país.

■ **Jesús María Aguirre**
Miembro del Consejo de Redacción de *Comunicación*

“

Sería absurdo negar a los medios su rol de actores políticos en el empeño por promover la paz, pero muy lejos de la ingenuidad de que los medios son buenos jueces o intermediarios, o si quieren, como nos decía el Maestro Ancízar “la mesa redonda de la sociedad”, creo que ellos mismos necesitan mediación, al modo que se reclama para otros actores y contendientes políticos

”



Galería de Papel. Abilio Padrón

Una opción. Un periodismo por la paz

- *Comprender los conflictos en su dimensión positiva.*
- *Todos los implicados deben ganar.*
- *Mostrar los efectos invisibles de la guerra o la violencia.*
- *Humanizar a las diversas partes.*

Etapas Preactivas: divulgar y promocionar las iniciativas de entendimiento y paz.

Etapas Postactivas: mostrar los efectos de la resolución o de la transformación de los conflictos y mantener el seguimiento informativo.

(Adaptado de: “The Peace Journalism Option”. En: <http://www.trascend.org/PJOPTION.HTM>)

OTRAS DIRECCIONES

- *Conciliation Resources:* <http://www.c-r.org>
- *European Platform for Conflict Prevention and Transformation:* <http://www.euconflict.org>
- *International Alert:* <http://www.international-alert.org>
- *Trascend:* <http://www.trascend.org>
- *Unesco Etxea:* <http://unescoeh.org>

Bibliografía

- Aron, Raymond (1963) *Paz y guerra entre las naciones*. Ed. Revista de Occidente, Madrid.
- Borrat, Héctor (1989) *El periódico, actor político*. Gustavo Gili, Barcelona.
- Cortina, Adela (2002) "El Gobar Compact", *El País*, 25 de mayo de 2002, p. 12.
- Entelman, Remo F. (2002) *Teoría de conflictos*. Gedisa Editorial.
- Fisas, V. (1998) *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Icaria Editorial, Barcelona.
- Fitzduff, M. (1998) *Más allá de la violencia. Procesos de resolución de conflicto en Irlanda del Norte*. Red Gernika.
- Giro, Xabier (2001) *Análisis Crítico del Discurs sobre nacionalisme i identitat en els editorials de la premsa diària publicada a Catalunya de la Transició al govern del PP -1977/1996-*. UAB. Barcelona. Tesis doctoral.
- Grabe, Vera (1997) "Una mirada sobre Colombia". *Papeles de Cuestiones Internacionales*. Nº 62.
- Graber, Doris (1981) "Political Languages". En: *Handbook of Political Communication*, Ed. por D.D. Nimmo y K. R. Sanders. London. Sage Publications.
- Idoyaga, P. y Ramírez de la Piscina (2001) "Política informativa de *El País* y *ABC* ante la nueva situación del País Vasco". *ZER*, Nº 10.
- Lobo, Ramón (1999) *El héroe inexistente. Los viajes de un corresponsal de guerra al corazón de las tinieblas del fin de siglo*. Aguilar, Madrid.
- Orozco, José Luis y Dávila, Consuelo -comp.- (2001) *Globalismo e inteligencia política*. Gedisa Editorial, Barcelona.
- Parrague, María Luisa (2001) "Los intelectuales corporativos y los Think Tanks del Nuevo Milenio". En Orozco, José Luis y Dávila, Consuelo -comp.- (2001) *Globalismo e inteligencia política*. Gedisa Editorial, Barcelona.
- Ricardi, Andra (2001) *San Egidio, Roma y el Mundo*. Plaza Janés, Ciudad Nueva, Barcelona.
- Schulze, Ingrid (2001) *El poder de la propaganda en las guerras del siglo XIX*. Ed. Arco.
- Taibo, Carlos (2002) "¿Petróleo o terrorismo?" en: *D.V. Lunes* 27 de mayo. San Sebastián.
- Van Dijk, T. (1996) "Opiniones e ideologías de prensa". *Voces y Culturas*, Nº 10.
- Waldmann, Peter y Reinares, Fernando -comp.- (1999) *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Paidós. Barcelona.

Notas

- 1 A este respecto merecería un análisis comparativo la actuación de Venevisión y el Canal 8 del Estado en los golpes fallidos del 4-F de 1992 y del 11 de abril del 2002, circunstancias en las que la libertad de expresión y el derecho a la información se redujeron a pautas operativas de acción-información a partir del control de los medios. Sin embargo no deben minusvalorarse los mecanismos alternos de difusión desde micromedios y acciones de calle, como lo hace Moisés Naim en un apresurado comentario en el diario español *El País* "Los golpes ya no son lo que eran" (sábado 13 de abril de 2002), dando por supuesto el éxito del golpe virtual, cuando aún estaban por sobrevenir las reacciones de los cuarteles y de las calles. Afortunadamente, se impuso la cordura y apenas corrió más sangre ya por la represión carmonista o la reacción chavista.
- 2 La mítica objetividad de canales como BBC y CNN, supuestamente neutrales en la cobertura de sucesos internacionales, se perdió cuando trataron de cubrir los acontecimientos de Irlanda del Norte o los del 11 de septiembre, respectivamente. El chauvinismo y la censura interna reaparecieron como en cualquier otro lugar.
- 3 No hay que perder de vista que el eje del mal define también sus entornos, en los que quedaría incluido Venezuela. Así se explica la agresividad informativa de los diarios afines al gobierno español *La Razón* y *El Mundo*, remachando el estereotipo de Venezuela como "paraíso de terroristas".
- 4 Como plantea Adela Cortina en un artículo: "¿no será que en la caracterización de la democracia como gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo hay una coetilla implícita: Siempre que convenga a los intereses de los Estados Unidos?" (Cortina, Adela: *El 'Global Compact'*: *El País*, sábado 25 de mayo de 2002, p.12).
- 5 Naturalmente no son comparables la influencia de un periodista y de un industrial, y actualmente las posibilidades de incidencia de los profesionales son mínimas de no estar encuadrados en algún aparato estatal o institución comercial. Las privatizaciones actuales de medios han contado con los partidos políticos en el gobierno para hacerse con un poder mediático afín o aliado, aun cuando sean desplazados de los medios estatales.
- 6 No puede perderse de vista que, a diferencia de las agencias internacionales del pasado, actualmente los medios externos inciden directamente en los procesos internos. Ya no se trata, por ejemplo, de la excepcionalidad de las radios de onda corta, sino de la proliferación de canales y señales transfronterizas. Los guiños realizados por los medios españoles y estadounidenses al gobierno de Carmona demuestran cómo los medios internacionales se anticipan estratégicamente a sus propios gobiernos para justificar en un sentido u otro las acciones posteriores de los embajadores.
- 7 La pugna maniquea resulta peligrosamente potenciada cuando se introduce la religión, pues ésta siempre implica totalidad. Si bien el factor religioso ha hecho también su presencia en el caso venezolano, a diferencia de otros conflictos, ha privado el cinismo. Recogiendo comentarios previos de los empresarios en el encuentro de Roger Parkinson, Presidente de la Asociación Mundial de Periódicos con el Presidente Chávez, el periodista Pedro J. Ramírez acota: "...unos se rasgan las vestiduras con bien articulada bonhomía, alegando que si ellos hubieran sabido lo que estaba en marcha jamás habrían permitido que sus mujeres e hijos asistieran a la tan apabullante como peligrosa marcha del jueves 11, y otros reaccionaron con picardía comentando que de haber estado en la pomada personas de su calidad las cosas se habrían hecho bien y Chávez estaría ahora jugando al béisbol con Fidel". Véase en: "Hugo Chávez junto al Patio del Pez que Escupe Agua", *El Mundo*, 12 de mayo de 2002, p.3. Naturalmente, mientras los muertos no sean de la familia de uno, bien se puede pasar por encima de todas las Cartas Magnas, firmadas o por firmarse.
- 8 Existe el riesgo de que cada una de las partes cree su propio grupo de observación a medida de sus intereses. Las presiones de la Asociación Mundial de Periódicos o el Capítulo venezolano de Media Watch International, ONG creada en el Foro Social Mundial de Sao Paulo, pueden deslizarse por la corriente de confrontación análoga a la que ya en el pasado vivimos entre la SIP y FELAP.

